

## EL SIGNIFICADO Y EL MÉTODO DE LA VIDA ESPIRITUAL

Por *Annie Besant*

Considerando el significado y el método de la vida espiritual, es bueno comenzar por definir el significado del término “espiritual”. Hay una gran incertidumbre sobre el mismo. Escuchamos las palabras “espíritu” y “alma” como si fuesen términos intercambiables. Tenemos “un cuerpo y un alma” o “un cuerpo y un espíritu”, dicen las personas, como si esas dos palabras, “espíritu” y “alma” no tuviesen un significado preciso y definido. Naturalmente, si esas palabras no se entienden claramente, el término “vida espiritual” sigue siendo confuso.

La Teosofía divide la constitución humana de una forma definida, tanto con vistas a la conciencia como a los vehículos a través de los cuales se manifiesta. La palabra “espíritu” se reserva para esa divinidad en nosotros que se manifiesta en los planos superiores del universo y que se distingue por su conciencia de la unidad. La unidad es la nota clave del espíritu, porque por debajo del plano espiritual todo es división. Cuando pasamos del plano espiritual al intelectual, inmediatamente nos encontramos en medio de la separación.

### La Unidad y el Espíritu

Refiriéndonos a nuestra naturaleza intelectual, para la cual debemos limitarnos al uso de la palabra “alma”, inmediatamente notamos que es éste es el principio de la separatividad. En el crecimiento de nuestra naturaleza intelectual, nos tornamos cada vez más conscientes de la separatividad del “Yo”. Algunas veces se le llama el “yoísmo” en nosotros. De él surgen todas nuestras ideas de una existencia separada propiamente, con pérdidas y ganancias por separado.

El intelecto es también una parte de nosotros como el espíritu, solo que una parte diferente, y es la misma antítesis de la naturaleza espiritual. Porque donde el intelecto ve el “yo” y “lo mío”, el espíritu ve unidad, no separación; donde el intelecto lucha por reafirmarse separadamente, el espíritu se contempla a sí mismo en todas las cosas y contempla todas las formas como la suya propia.

Los grandes misterios de las religiones del mundo se vuelcan en la naturaleza espiritual, porque ello es un misterio para la persona común. Lo que los cristianos denominan el entonamiento corresponde enteramente a la naturaleza espiritual, y nunca puede comprenderse mientras pensemos que tenemos intelectos e inteligencias separadas de los demás. La misma esencia del entonamiento yace en el hecho de que la naturaleza espiritual, siendo una y la misma en todas partes, puede volcarse en una forma u otra. Es a causa de esta falta de comprensión de la naturaleza espiritual, donde sólo se ha visto la separación del intelecto, que la gran doctrina espiritual ha sido

cambiada por la sustitución de un individuo por otros individuos. No se ha reconocido que la doctrina del entonamiento está forjada por el espíritu omnipresente, que puede verse a su voluntad en cualquier forma.

El espíritu es esa parte de la naturaleza humana en la cual reside el sentido de unidad, la parte que es primariamente una con Dios, y secundariamente, una con cuanto vive en el universo. Un viejo *Upanishad* comienza con la declaración de que todo este mundo es Dios velado, y pasa entonces a hablar de esa unidad omniabarcante, vasta y penetrante, que lo envuelve todo y estalla en un clamor de alabanza. “¿Qué es entonces la pena o el engaño, para quien ha conocido la unidad?” Ese sentido de unidad en el corazón de las cosas es el testimonio de la conciencia espiritual, y sólo cuando esto se comprende es que la naturaleza espiritual puede manifestarse. Los nombres técnicos no importan para nada. Éstos provienen del sánscrito, que durante milenios ha definido los nombres de cada etapa de conciencia humana, y otras.

Esta señal de unidad es aquélla sobre la cual podemos apoyarnos como señal de la naturaleza espiritual. De acuerdo con un viejo libro oriental, “el hombre que ve el Yo Único en todo, y todas las cosas en el Yo, ese hombre ve, verdaderamente ve”. Todo lo demás es ceguera. El sentido de separación, aunque sea necesario para la evolución, es fundamentalmente un error. La separatividad es solamente como las ramas que crecen del tronco de un árbol, la unidad de la vida del árbol pasa por cada rama y las convierte a todas en un sólo árbol. La conciencia de esa unidad es la conciencia del espíritu.

En el Cristianismo, el sentido de unidad ha sido personificado en Cristo. La primera etapa — cuando aún existe el Cristo y el Padre — es cuando las voluntades se funden, “hágase tu voluntad y no la mía”. La segunda etapa es cuando se percibe el sentido de unidad: “Yo y mi Padre somos uno”. En esa manifestación de la vida espiritual, tenemos el ideal que subyace en la más profunda inspiración de las escrituras sagradas cristianas, y sólo cuando “el Cristo nace en el hombre” — para emplear el símbolo cristiano —, es que comienza la verdadera vida espiritual.

Esto se señala claramente en las Epístolas. San Pablo escribió para los cristianos, no para los profanos o paganos. Escribió para quienes habían sido bautizados y eran miembros de la iglesia, en un momento en que era más difícil conseguir miembros que en estos tiempos. Pablo les dijo: “Ustedes no son espirituales; ustedes son carnales.” La razón que dio para considerarlos de esta forma fue: “Oigo que hay divisiones entre ustedes”. Cuando la vida espiritual predomina hay armonía, no división.

La segunda gran etapa de la vida espiritual también se destaca en Escrituras cristianas, y en las grandes Escrituras del mundo, cuando se dice que cuando venga el final de los tiempos, todo lo que se haya unido en el Cristo, el Hijo, se unirá más allá en el Padre, y “Dios reinará en todo”. Incluso esta separación parcial de Padre e Hijo desaparece, y la unidad es suprema. Cuando leemos los *Upanishads*, el *Bhagavad Gita*, o el *Nuevo Testamento*, nos hallamos en la misma atmósfera respecto del significado y

naturaleza de la vida espiritual, de que en aquéllos que conocen la unidad, ésta es completa.

Ahora, esto es posible para nosotros a pesar de la división del intelecto que nos separa a unos de otros, porque en el corazón de nuestra naturaleza somos divinos. Esa es la gran realidad de la cual depende toda la belleza y el poder de la vida humana. No hace una diferencia pequeña que las personas piensen que son divinas, o que hayan sido llevadas a creer en la idea de que son pecadores por naturaleza, miserables y degradados. Nada es tan fatal para el progreso, nada tan desalentador para el crecimiento de la naturaleza interna, como la continua repetición de algo que no es cierto y que es esencialmente malvado, no divino. Es un veneno en el corazón de la vida, que le pone a uno una etiqueta difícil de arrancar. Si queremos darle, incluso a los más bajos y degradados, un sentido de dignidad interna que les permita levantarse del fango en el cual están hundidos, y elevarse a la dignidad de la divina naturaleza humana, debemos hablarles de su esencial divinidad, que sus corazones están en lo correcto y no que son asquerosos. Porque en la misma medida en que hagamos esto habrá débiles indicios del espíritu, tan encubierto, que esas personas no estarán conscientes de ello en su vida común. Si existe un deber entre los predicadores de la religión más vital que otros, es que cuantos los escuchen sientan ese indicio de la presencia divina dentro de ellos.

### **El Desarrollo de la Naturaleza Espiritual**

Contemplando así a todos como divinos en su corazón, comenzamos a preguntarnos: si ese es el significado del espíritu y de la vida espiritual, ¿cuál es el método para desarrollarla? El primer paso, como mencionamos, es hacer que las personas crean en ello, deponer cuando se nos ha dicho de que el corazón humano es esencialmente “malvado” por el pecado original. No hay pecado original, sino ignorancia, y todos nacemos con ella. Tenemos que ir saliendo de ella poco a poco por medio de la experiencia, que nos lleva a la sabiduría. Ese es el punto de partida, como el consciente sentido de unidad luego lo corona. El método de la vida espiritual es cuanto fomenta la vida para que ésta se muestre en realidad como mismo es en su esencia. Nuestra divinidad interna —que es el pensamiento inspirador que queremos diseminar por todas las iglesias, que durante demasiado tiempo han estado ensombrecidas por una doctrina que es exactamente lo opuesto. Cuando comprendemos finalmente que somos divinos, buscaremos hacer justicia a nuestra naturaleza interna.

Ahora bien, el método de la vida espiritual en el sentido más amplio, admito francamente, no puede ser aplicado a los menos evolucionados entre nosotros. Para ellos, su primera lección es una muy antigua: “Cesad de hacer el mal”. Uno de mis *Upanishads* favoritos habla de los pasos mediante los cuales uno puede buscar y encontrar al Yo, el Dios interno. El primer paso, se dice, es “dejar de hacer el mal”. Ese es el primer paso de la vida espiritual, la base para poder edificar. El segundo paso es

activo: “haced el bien”. Esos pasos no son menos verdaderos porque sean comunes. Son necesarios dondequiera y deben repetirse hasta que el mal se haya vencido y el bien se haya abrazado. La vida espiritual no puede comenzar hasta que uno completa estos pasos.

En relación con los pasos que siguen, se ha escrito que nadie que sea descuidado, que no sea inteligente, o que carezca de devoción puede hallar el Yo. Y de nuevo se dice: “El Yo no se halla por conocimiento ni por devoción, sino por la unión del conocimiento con la devoción”. Estas son las dos alas que nos elevan hacia el mundo espiritual.

Podemos encontrar un montón de detalles en las diversas Escrituras del mundo para agregar más a estos amplios lineamientos que nos sirven de guía para recorrer el estrecho y antiguo Sendero. Pero lo que se necesita especialmente ahora es una forma para que las personas que viven en el mundo —limitados por las ataduras domésticas y por ocupaciones de toda clase— puedan tener acceso a la vida espiritual y asegurar el progreso en la verdadera espiritualidad.

En las diferentes religiones del mundo ha habido una cierta inclinación a trazar una línea divisoria entre la vida mundana y la vida espiritual. Esa línea, que es real, con frecuencia, sin embargo, se explica e interpreta mal. Se piensa que consiste en una circunstancia, cuando es en una actitud —hay una notable diferencia, y una que es de importancia vital para nosotros. Debido a la mala comprensión de esto, hombres y mujeres de todas las edades han abandonado el mundo para buscar lo Divino. Se han ido al desierto, a la selva, a las cuevas, a las montañas, y al llano solitario, creyendo que si abandonan lo que ellos llaman “el mundo”, podrán asegurar la vida del espíritu. Y aún así, si Dios es omnipresente y está en todas partes, la Divinidad puede encontrarse lo mismo en el mercado que el desierto, en el banco o en la selva, en la corte o en la montaña solitaria, en medio de las obsesiones humanas o en los sitios solitarios. Es cierto que las almas débiles pueden percibir con más facilidad la vida que late en todo estando lejos del bullicio humano, pero eso es señal de debilidad, no de espiritualidad. No es el fuerte, el valiente, el guerrero, el que pide soledad para buscar la vida espiritual.

No obstante, la vida solitaria tiene su lugar, y con frecuencia un hombre o una mujer se irán a algún sitio solitario y morarán allí en soledad el resto de su vida. Pero esa nunca es la corona final, no es la vida del Cristo que camina en la tierra. Es una vida que algunas veces lo prepara a uno para romper ataduras que, de otro modo, uno no se sentiría lo suficientemente fuerte para romperlas. Las personas huyen porque no pueden enfrentarse a la batalla, evaden lo que no pueden enfrentar. Con frecuencia esto es una medida sabia, y para quien puede sucumbir fácilmente a las tentaciones, éste es un buen consejo para evitarlas.

Pero los verdaderos héroes de la vida espiritual no evitan lugares ni personas. No temen ensuciar sus vestiduras, porque las han tejido con un material que no se

mancha. Quienes viven la vida solitaria regresarán de nuevo a la vida del mundo. La lección de desapego que aprendieron en los sitios solitarios les servirá para cuando regresen a la vida común. La liberación, la libertad del espíritu, esa vida consciente de unión con Dios que es la marca del ser humano que se convierte en divino, esa última conquista se gana en el mundo, no en la selva ni en el desierto.

### **La Renuncia a los Frutos de la Acción**

La vida espiritual se gana gradualmente, y las lecciones del espíritu se aprenden en este mundo, pero con una condición. Esta condición tiene dos etapas. La primera es que hagamos cuanto debemos hacer porque es nuestro deber. A medida que despunta la vida espiritual, reconocemos que tenemos que realizar todos nuestros actos, no para obtener algún resultado en particular, sino porque es nuestro deber hacerlos. Esto se dice fácilmente, pero ¡cuán difícil es lograrlo! No tenemos que cambiar nada en nuestra vida para ser personas espirituales, pero tenemos que cambiar nuestra actitud hacia la vida. Debemos dejar de esperar de ella y darnos por completo a la misma, porque es nuestro deber.

Ahora ese concepto de la vida es un gran primer paso hacia el reconocimiento de la unidad. Si existe sólo una gran Vida, si cada uno de nosotros no es sino una expresión de esa Vida, entonces toda nuestra actividad es simplemente la obra de esa Vida dentro de nosotros, y los resultados los gana esa Vida que es común a todos, y no las individualidades por separado. A esto alude el *Gita* al mencionar que debemos renunciar a los frutos de la acción — porque el fruto es el resultado normal de la acción.

Este consejo es solamente para quienes desean vivir la vida espiritual, pero no es aconsejable que las personas renuncien a los frutos de la acción hasta que no surja en ellos un motivo más grande para hacerlo, uno que los mueva a la actividad sin la búsqueda de una recompensa para el yo personal. Debemos desarrollar la actividad, que es la vía de evolución. Sin actividad no evolucionamos, sin esfuerzo ni batalla alguna, permanecemos flotando en las aguas de la vida y no avanzamos con la corriente. La actividad es la ley del progreso, y según nos esforzamos, una nueva vida fluye hacia nosotros. Por eso se ha escrito que quienes son descuidados nunca encontrarán al Yo. Los que son descuidados e inactivos, ni siquiera han comenzado a volcarse hacia la vida espiritual.

El móvil de la acción para la persona común es propiamente el disfrute de sus frutos. Esta es la forma que Dios tiene de encaminar al mundo por el sendero de la evolución. Nos ponen premios delante. Luchamos por ganarnos esos premios y, según libramos esa batalla, vamos desarrollando nuestros poderes. Pero cuando finalmente obtenemos el premio, éste se nos deshace siempre en las manos. Si contemplamos la vida humana, vemos que esto se repite continuamente. Deseas dinero, lo ganas, millones. En medio de los millones, te invade un mortal descontento, y te cansas de la

riqueza que no puedes usar. O luchas por alcanzar la fama y la obtienes. Y luego la consideras “una voz pasajera, perdida en un mar sin fin”. Luchas por obtener el poder, y cuando lo alcanzas, te aburres del poder, te cansas y desanimas. La misma secuencia se repite una y otra vez.

Estos son los juguetes que el Padre usa para inducir a sus hijos a que se esfuercen. Él mismo se oculta en el juguete para poder ganarse a sus hijos, porque no hay belleza ni atracción en parte alguna, salvo en la vida de Dios. Pero cuando se agarra el juguete, la vida lo abandona, se nos derrumba en las manos, y nos sentimos desalentados. Porque el valor yace en el esfuerzo, no en la posesión; en los poderes que educimos al querer obtenerlo, y no en la ociosidad después de la victoria. Así vamos evolucionando, y mientras esas delicias no hayan perdido el poder de atraernos, es bueno que sigan alentándonos al esfuerzo y la batalla.

Pero cuando el espíritu comienza a despertar y a buscar su propia manifestación, entonces los premios pierden su poder de atracción. Vemos el deber, en vez de los frutos, como el móvil. Y entonces trabajamos por el deber mismo como parte de la gran Vida Única, y trabajamos poniendo en ello toda nuestra energía, como mismo lo hacen quienes trabajan por el fruto, o quizás más aún. Aquéllos que pueden trabajar en algún gran proyecto para el bien humano, y luego de años de labor lo ven derrumbarse y aún se mantienen contentos, han avanzado considerablemente por el sendero de la vida espiritual. ¿Parece esto imposible? No cuando comprendemos la vida y hemos sentido su unidad, porque en esa conciencia no hay esfuerzo humano malgastado, ni trabajo fallido. La forma en que el trabajo opera puede caerse, pero la vida continúa.

Un motivo así puede animar incluso a quienes están fuera de la vida espiritual. Considere como algunas veces, en alguna gran campaña de batalla, el éxito y la derrota son palabras que cambian su significado cuando la vastedad presente lucha por un solo fin. Un pequeño grupo de soldados puede ser enviado a realizar una tarea imposible y desesperanzada. Un comandante puede recibir una orden que sabe que es imposible obedecer, acaso tomar una colina erizada de cañones. Él sabe que antes de que pueda alcanzar la cima de esa colina, su regimiento será diezmado, y si él continúa insistiendo, incluso aniquilado. Esto no hace diferencia alguna para el soldado leal que confía en su general y conduce a sus hombres. No vacila, contempla la orden sólo como una prueba de la confianza de su comandante, que los considera suficientemente fuertes como para luchar e inevitablemente fallar. Pero, ¿han realmente fallado cuando muere el último de sus hombres y sólo quedan los cadáveres? Así le parecerá a quienes sólo han visto esa parte de la batalla. Pero mientras ellos atraían la atención del enemigo, otros movimientos que aseguraron la victoria pasaron desapercibidos. Cuando una nación le alza un monumento de agradecimiento a quienes conquistaron la victoria, los nombres de aquéllos que cayeron para que la victoria de sus compañeros fuese posible, tendrán un lugar de honor.

Y lo mismo ocurre con quienes son espirituales. Saben que el plan no puede fallar. Conocen que el combate terminará coronado por la victoria. A quienes han conocido la Unidad, no les importa que una pequeña parte del plan se considere fallida. Han hecho posible la victoria del gran plan de la redención humana, que es la verdadera finalidad para la cual han trabajado. No han trabajado para lograr un éxito aquí, o para fundar una gran institución allá, sino que han trabajado para la redención de la humanidad. Aunque la forma de una parte del trabajo haya sido aplastada, la vida avanza y tiene éxito.

Eso es lo que significa trabajar por el deber. Hace la vida comparativamente más fácil. Hace la vida más calmada, fuerte, imparcial y no peligrosa, para quienes trabajan por el deber sin aferrarse a nada. Cuando el deber está cumplido, no se preocupan más por ello. Dejan a un lado el éxito o el fracaso, como lo juzga el mundo. Éste es el secreto de la paz en el trabajo. Quienes trabajan por el éxito, siempre están preocupados, siempre están ansiosos, siempre están haciendo un recuento de sus fuerzas, considerando sus oportunidades y sus posibilidades. Pero aquéllos a quienes no les importa el éxito sino el deber, trabajan con la fortaleza de la Divinidad y su objetivo es siempre seguro.

### **Actuando como Canales de lo Divino**

Ese es el primer gran paso. Para poder tomarlo hay un secreto que debemos recordar: debemos hacer todo como si el Gran Poder lo estuviese haciendo a través de nosotros. Lo que se denomina en el *Gita* "la inacción en medio de la acción". Para aquéllos del mundo que se convertirán en personas verdaderamente espirituales, ése es el pensamiento que deben sostener detrás de todo su trabajo. ¿Cuál sería el motivo en el corazón del abogado o el juez, si aprendieran el secreto del espíritu en los asuntos comunes de la vida? Que tendrían que contemplarse a sí mismos simplemente como encarnaciones de la Justicia Divina. Incluso en medio de la ley, como la conocemos, imperfecta como es y llena de errores, es la justicia de Dios luchando para hacerse suprema en la tierra. Quienes deseen ser espirituales en la profesión legal, deben tener en el corazón de sus pensamientos: "Yo soy la mano de la Justicia Divina en el mundo, y como tal, cumplo la Ley."

Es lo mismo en todos los campos. El comercio es una de las formas en que el mundo vive —una parte de la Actividad Divina. Quienes trabajan en el comercio, deben verse a sí mismos como parte de esa corriente de vida en circulación mediante la cual las naciones se acercan unas a otras. Son los comerciantes divinos del mundo, y en ellos la Actividad Divina debe hallar manos y pies. Y cuantos toman parte para dirigir y guiar a una nación también son representantes del Legislador Divino, y sólo deben hacer su trabajo bien, dándose cuenta de que son la encarnación de la vida divina en ese aspecto.

Sé lo extraño que esto parece cuando pensamos en luchas políticas y en la mezquindad de algunos políticos. Pero la degradación no toca la realidad de la Presencia Divina, y en cada dirigente, o en cada fragmento de un dirigente, el Legislador Divino busca encarnar el orden para que la nación tenga una vida nacional pura, noble y feliz. Si solamente unos pocos, de cada ámbito de la vida, lucharan por alcanzar la vida espiritual, si dejaran a un lado los frutos de la acción individual, si pensarán en sí mismos sólo como encarnaciones de los muchos aspectos de la Actividad Divina en el mundo, ¡cuán bella y sublime se convertiría la vida en el mundo!

Lo mismo ocurre en la vida del hogar. En un viejo libro hindú se dice que el Logos del universo, Dios manifestado, es el Dueño Divino de la casa. Cada esposo debe considerarse como una encarnación de ese Dueño Divino. Su mujer y sus hijos existen, no para traerle comodidad y delicia, sino para que él pueda personificar al hombre perfecto, como esposo y padre. La mujer y madre debe pensar que ella es la encarnación del otro lado de la Naturaleza, el lado de la materia, la que nutre, y personificar a la Naturaleza que no cesa de proveer para todas las necesidades de sus hijos. Como mismo el gran Padre y Madre de todos protegen y nutren al mundo, así los padres deben proteger a sus hijos en un hogar donde la vida espiritual comience a crecer. Y así, que toda la vida sea bella, y cada hombre y mujer que comienzan a mostrar la vida espiritual se conviertan en una bendición en su hogar y en el mundo.

### **La Alegría de Dar**

El segundo gran paso que debemos dar, cuando el deber se hace por el deber mismo, agrega alegría al deber —el completamiento de la Ley del Sacrificio. En esa noble visión de la vida, nos vemos a nosotros mismos no meramente como la Vida Divina en actividad en el mundo, sino como la Vida Divina que se sacrifica para que todos puedan vivir. Porque está escrito que el amanecer del universo es un acto de sacrificio, y el apoyo del universo es un continuo sacrificio del Espíritu que está en todas las cosas y las anima. Cuando nos damos cuenta de ese enorme sacrificio como la Vida del universo, es una alegría darnos nosotros mismos a ese sacrificio y compartirlo no importa cuán pequeña sea nuestra parte, y ser parte de esa vida de sacrificio mediante la cual los mundos evolucionan. “¿Dónde entonces hay dolor, o dónde entonces hay engaño, cuando se ha visto la Unidad?” Ese es el secreto de la alegría en quienes son espirituales. Perdiendo todo lo externo, ganan todo internamente.

Con frecuencia he dicho, y sigue siendo cierto, que mientras que la vida de la forma consiste en tomar; la vida del espíritu consiste en dar. Esto es lo que quiso decir el Cristo, como Dador Espiritual, al declarar: “Es una bendición mayor dar, que recibir”. Porque, verdaderamente, quienes conocen la alegría de dar no desean sentir la alegría de recibir. Conocen la primavera de una alegría certera que surge dentro del corazón

cuando se vierte la Vida. Porque incluso si la Vida Divina fluyera hacia nosotros y la guardáramos adentro, ésta se volvería estancada, torpe, muerta. Pero la vida a través de la cual la Vida Divina se vuelca incesantemente no se estanca ni se desgasta. Mientras más se da, más se recibe.

No tengamos entonces temor a dar. Mientras más demos, más plena será nuestra vida. No nos dejemos engañar por el mundo de la separación, en el cual si damos cada vez tendremos menos. Si tuviera oro, mi tienda tendría cada vez menos con cada moneda que regale, pero eso no ocurre con las cosas del espíritu. Mientras más damos, más tenemos; con cada acto de generosidad, ello nos convierte en una reserva más grande. Así, no debemos temer a quedarnos vacíos, secos, exhaustos, porque toda la vida está detrás de nosotros, y sus afluentes son uno con el nuestro. Toda vez que sabemos que la Vida no es nuestra, una vez que nos damos cuenta de que somos parte de una poderosa unidad, entonces sobreviene la verdadera alegría de vivir, la verdadera bendición de una vida que conoce su propia eternidad. Todos los pequeños placeres del mundo que alguna vez fueron tan atractivos, se desvanecen en la gloria del verdadero vivir, y nosotros sabemos el significado de las grandes palabras: “Aquél que pierda su vida, la hallará” en la vida eterna.

---